



COLABORACIONES

LOS SURTIDORES DE NUESTRA VIDA

Para que un vehículo marche bien, lo primero que hacemos es ponerlo a punto y echarle combustible en el surtidor. Pues bien, nosotros como personas, también debemos estar a punto y acudir a los surtidores que el Señor pone en nuestro camino para repostar.

Son tantísimas cosas que limar y cuidar, en el trabajo de cada día, en aquel que nos “cae gordo”, en las personas a las que no les concedemos un margen de confianza de la que tantas veces nos queda un mal sabor, los que necesitan nuestra colaboración y atención, y lo pasamos por alto, porque nos falta “lo que nos falta”. La verdad es que somos negativos por excelencia, valoramos poco al que se esfuerza y se sacrifica por enseñarnos; la vergüenza y el pundonor están por los suelos; la honra y la caballerosidad hoy tiene poco valor. Vivimos sin fe en casi nada, el poder y el tener nos privan del ser, matamos la vida antes y después de nacer; existe despreocupación por el que necesita algo de nosotros. Malgastamos el tiempo, sin construir al positivo; vivimos una tensión y un estrés continuamente. Cada uno nos buscamos nuestra vida, cueste lo que cueste y caiga quien caiga. Nos duelen los sufrimientos propios y nos hacemos ciegos y sordos ante lo que sucede a un palmo de nuestras narices. Ponemos en todo tan poco que no damos ni de lo que nos sobra aunque nuestro interior nos diga muchas veces lo contrario. Cuántas veces se nos va fuerza por la boca y no por el corazón ni el bolsillo.

Cuánto necesitamos surtirnos para hacer lo del buen samaritano del Evangelio, que sin dar pompa a su actuación hizo lo que le dictaba su conciencia y su corazón: cogió al herido, lo trasladó a la posada con sus propios medios y costeó todas sus necesidades. El Señor pone en nuestra vida muchos hombres al borde del camino que diariamente recorremos, cada cual con el vehículo de su persona. Como humanos sabemos nuestra misión, como cristianos mucho más, y lo cierto es que “el Señor” de la posada lo sabe todo desde el principio al fin de nuestra vida.

Todos tenemos varios surtidores, y a un bajo costo. Surtámonos todo cuanto podamos y andemos por los caminos de la verdad, de la justicia, de la paz y, sobre todo, del amor, que es donde está verdaderamente nuestro hacer de cada día.

J. J. Portillo

EN TIEMPO DE PERDÓN

Eugenio pudo salir a la carretera, hasta que pasó un autobús, lo recogió y lo llevó a un hospital. Eugenio siempre perdonó a los dos militares que intentaron matarlo.

Una vez terminada la guerra, los padres de los dos militares se presentaron en la parroquia de Zucaina, se pusieron de rodillas y le pidieron a él que intercediera por sus hijos, pues iban a ser ejecutados. Eugenio les dio una carta para el juez pidiendo clemencia para los dos hombres a quienes perdonaba de corazón. La carta surtió efecto y se les conmutó la pena.

Qué gran lección de perdón nos da Eugenio, y cuánto nos cuestan a nosotros algunas “tonterías”. Aprendamos de Eugenio.

José M^a. Lafuente